

David Foster Wallace:*Buena gente*

Estaban encaramados en un mesón de picnic en el parque junto al lago, en la orilla del lago, con parte de un árbol caído en las aguas poco profundas medio escondidas por la ribera. Lane A. Dean, Jr., y su novia, ambos de *blue jean* y camisa. Sentados en la parte superior del mesón, con los zapatos sobre la parte del banco donde se sienta la gente para hacer picnics o amistades en tiempos de ocio. Habían ido a diferentes liceos, pero al mismo colegio universitario, donde se habían conocido en los servicios religiosos. Era primavera, la grama del parque estaba muy verde y el aire impregnado de madreSelva y lilas, lo cual era así como demasiado. Había abejas, y el ángulo con el cual el sol incidía en el agua la teñía de negro. Aquella semana habían tenido más tormentas, con varios árboles caídos y el sonido de las motosierras a lo largo de la calle donde vivían sus padres. Sus posturas en el mesón de picnic eran las mismas, con los hombros inclinados hacia adelante y los codos en las rodillas. En esta posición la muchacha se balanceaba ligeramente y en una de esas se cubrió la cara con las manos, pero sin llegar a llorar. Lane estaba muy tranquilo e inmóvil, su mirada perdida más allá de la ribera, sobre el árbol caído en el bajío, la bola de raíces arrancadas en todas direcciones y la nube de ramas del árbol a medias dentro del agua. La única otra persona por allá cerca estaba parada, una docena de mesones de por medio. Miraba el hueco de donde el árbol había sido arrancado.

Todavía era temprano, pero aún así todas las sombras se deslizaban hacia la derecha, cada vez más cortas. La muchacha llevaba puesta una vieja y delgada camisa de algodón a cuadros con botones de presión nacarados y mangas largas y siempre olía muy bien, a limpio, como una persona en quien puedes confiar y a quien le tienes cariño, aunque no estés enamorado de ella. A Lane Dean le había gustado su olor desde el principio. La mamá de él la describía como *con los pies en la tierra* y le gustaba, creía que era buena gente, se veía a leguas –lo hacía evidente con pequeños detalles. El agua lamía el árbol desde diferentes direcciones, casi mordisqueándolo. En alguna ocasión a solas, pensando o tratando de rezar utilizando a Jesucristo como recurso en algún asunto, él se había encontrado a sí mismo metiendo el puño en la palma de la mano con una ligera rotación como si todavía estuviera jugando y golpeando el guante para mantenerse despierto y alerta en el centro del terreno. Ahora no hacía tal cosa; sería cruel e indecente hacerlo ahora. El otro individuo, un viejo, seguía parado junto a su mesón de picnic –pero sin sentarse– y se veía fuera de lugar con una chaqueta de traje y el tipo de sombrero masculino que el abuelo de Lane mostraba en las fotos de sus días como agente de seguros. Parecía estar mirando hacia el lago. Con moverse un poco, Lane dejaba de verlo. Tenía la apariencia más de un cuadro que de una persona. No había patos por ningún lado.

Una cosa que Lane Dean sí hizo fue asegurarle una vez más que iría con ella y se quedaría allá con ella. Una de las pocas cosas inocuas y decentes que realmente podía decir. La segunda vez que lo repitió, ella meneó la cabeza y se rió de una manera triste que

era más bien como dejar salir aire por la nariz. Su risa real era diferente. El lugar donde él se quedaría sería la sala de espera, dijo ella. Que estuviese pensando en ella y compadeciéndola, ya ella lo sabía, pero él no podía quedarse allá con ella. Esto era tan obviamente cierto que él se sentía como un bobo por haber estado insistiendo y ahora sabía que ella lo había pensado cada vez que a él le daba por repetirlo –ni la había confortado ni la había aliviado de su peso. Cuanto peor se sentía él, más paralizado se quedaba. Todo este asunto lo sentía como balanceado sobre un cuchillo o una cuerda; si se movía para levantar el brazo o para tocarla, todo podía rodar por el piso. Se odió a sí mismo por estar sentado tan congelado. Casi podía visualizarse pasando de puntillas junto a un explosivo. Una pose de puntillas exagerada, estúpida, como en una comiquita. Toda la semana pasada había sido de esta manera, oscura, y eso no estaba bien. Él sabía que no estaba bien, sabía que algo se requería de él que no era esta terrible frigidez, esta cautela, pero se engañaba a sí mismo como si no supiera lo que se requería. Como si no tuviera nombre. Como si no decir en voz alta lo que él sabía era bueno y verdadero para ella lo estuviera haciendo por el bien de ella, en razón de las necesidades y sentimientos de ella. Él también trabajaba en carga y despacho en UPS, además de las clases, pero se las arregló para tomarse el día libre después de que lo decidieron juntos. Dos días antes se había despertado muy temprano y trató de rezar pero no pudo. Se estaba congelando progresivamente como un bloque de hielo, o al menos así se sentía, pero no había pensado en su padre o en el vacío congelamiento de su padre, incluso en la iglesia, lo que alguna vez lo

había llenado de compasión. Ésta era la pura verdad. Lane Dean, Jr., sintió el sol en un brazo mientras en su mente se retrataba a sí mismo en un tren, saludando mecánicamente en la dirección de algo que se iba haciendo cada vez más pequeño a medida que el tren se alejaba. Su padre y el padre de su madre tenían el mismo cumpleaños, Cáncer. El cabello de Sheri tenía un color rubio, casi como maíz, con la carrera central rosada bajo la luz solar. Habían permanecido sentados el tiempo suficiente para que solamente sus lados derechos estuvieran ahora bajo la sombra. Él podía verle la cabeza, pero no a ella como un todo. Partes diferentes de él se sentían desconectadas unas de otras. Ella era más inteligente que él y ambos lo sabían. No eran solamente las clases —Lane Dean estudiaba Contaduría y no le iba mal; se las arreglaba. Ella era un año mayor, tenía veinte, pero había algo más —siempre le había parecido a Lane que ella se sentía a gusto con su vida de una manera que la edad sola no puede explicar. Su madre lo expresaba como que ella *sabía qué era lo que quería*, lo cual era estudiar Enfermería, un programa nada fácil en el colegio universitario de Peoria, y además trabajaba como mesonera en el Embers y se había comprado su propio automóvil. Era seria y eso a Lane le gustaba. Había tenido un primo que murió cuando ella tenía como trece, catorce años, muy querido y cercano a ella. Era seria en su fe y sus valores de una manera que a Lane le había gustado y ahora, sentado aquí con ella en el mesón, le asustaba. Esto era terrible. Estaba empezando a creer que quizás él no tomaba su fe con seriedad. Quizás era un hipócrita, como los asirios en Isaías, lo cual sería un pecado mucho más grave que la cita —había decidido que iba

a creer esto. Estaba desesperado por ser buena gente, por ser capaz de sentirse bueno. Rara vez antes de ahora había pensado en la condena y el infierno —esa parte no le llegaba a su espíritu— y en los servicios religiosos se desconectaba y aceptaba el infierno cuando se mencionaba, de la misma manera que uno tolera el trabajo que debes tener para poder ahorrar y poseer las cosas que quieres. Los zapatos de tenis de ella estaban llenos de garabatos dibujados durante sus clases. Se la pasaba mirando hacia abajo. Pequeñas anotaciones o asignaciones de tareas con su caligrafía redondeada de bolígrafo Bic sobre el borde de caucho de los zapatos. Lane A. Dean solía verle los ganchitos en su cabeza agachada, en forma de escarabajos azules. La cita era en la tarde, pero cuando el timbre sonó tan temprano y su madre lo llamó desde abajo, supo que la cosa era con él y una especie de vacío comenzó a invadirlo.

Él le dijo que no sabía qué hacer. Que sabía, si fuera un vendedor que se lo estuviera vendiendo y obligando a comprar, cómo aquello estaba mal. Pero estaba tratando de entender —habían rezado al respecto y discutido desde todos los ángulos posibles. Lane dijo que ella sabía cuánto lo sentía él, y que si él se equivocaba al creer que en verdad lo habían decidido juntos cuando decidieron hacer la cita, ella por favor debería decírselo, porque él pensaba que sabía cómo ella debía haberse sentido a medida que se acercaba la cosa y cuán asustada debía sentirse, pero que lo que él no podía decir era si había algo más que eso. Estaba totalmente inmóvil excepto el movimiento de la boca, al menos así se sentía. Ella no contestó. Si necesitaban rezar más al respecto y discutirlo, para eso estaba aquí, estaba listo, dijo él. La cita podía rodarse para más

adelante; si así lo quería, podían llamar y rodar la cita para tomarse más tiempo y estar seguros de la decisión. Había pasado tan poco tiempo —ambos sabían eso, dijo él. Esto era cierto, que él se sentía así, y sin embargo también sabía que estaba tratando de decir cosas que la llevaran a abrirse y contestar lo suficiente para que él pudiera verla y leer su corazón y saber qué decir para empujarla a salir de aquello. Sabía, sin admitírselo a sí mismo, que esto era lo que él quería, pues de otra manera sería un hipócrita y un embustero. Sabía, en algún lugarcito encerrado de sí mismo, por qué era que no había ido en busca de nadie para abrirse y buscar su vital consejo, ni del pastor Steve o los compañeros de oración en los servicios religiosos, ni de sus amigos de UPS o los consejeros espirituales disponibles gracias a la antigua iglesia de sus padres. Pero no sabía por qué Sheri misma no había ido donde el pastor Steve —él no podía leer su corazón. Ella estaba vacía y oculta. Deseó fervientemente que nada hubiera ocurrido. Sintió que ahora sabía por qué aquello era un verdadero pecado y no una regla residual de una sociedad pasada. Sintió que aquello lo había golpeado y humillado y ahora creía que las reglas existen por alguna razón. Que las reglas le concernían a él, personalmente, como individuo. Le prometió a Dios que había aprendido la lección. Pero ¿qué tal si eso también era una promesa hueca, de un hipócrita que se arrepentía sólo después, que prometía sometimiento pero realmente sólo quería un indulto? Tal vez ni siquiera conocía su propio corazón ni era capaz de leerse y conocerse a sí mismo. Siguió pensando también en Timoteo 1 y el hipócrita allí que *litigaba acerca de las palabras*. Sintió una terrible resistencia interna

pero no pudo discernir a qué se resistía. Ésta era la verdad. De todos los diferentes ángulos y caminos a través de los cuales habían llegado juntos a la decisión, ninguno la incluía –la palabra– pues una vez que la hubiera dicho, que hubiera confesado que la amaba, que amaba a Sheri Fisher, entonces todo aquello hubiera cambiado. No sería una postura o un ángulo distinto, sino una diferencia en el objeto preciso por el que estaban rezando y sobre el que estaban decidiendo juntos. A veces habían rezado juntos pegados del teléfono, en una especie de código en caso de que alguien accidentalmente tomara la extensión. Ella seguía sentada como si estuviera pensando, en la pose de estar pensando, como la de la estatua. Estaban uno junto al otro en el mesón. Él miraba más allá de ella, al árbol en el agua. Pero no podía decir que lo estuviera haciendo: no era cierto.

Por otro lado, él no se abrió y le dijo de una vez que no la amaba. Ésta podía ser su *mentira por omisión*. Ésta podía ser la resistencia congelada –si la mirase de frente y le dijera que no la amaba, ella mantendría la cita e iría. Él lo sabía. Algo en su interior, sin embargo, alguna terrible debilidad o falta de valores, no le permitía decírselo. Se sentía como que le faltaba un músculo. No sabía por qué; sencillamente no podía hacerlo, ni rezar para hacerlo. Ella lo creía bueno, convencido de sus valores. Un pedazo de él parecía más o menos dispuesto a mentirle a alguien con ese tipo de fe y de confianza, ¿y en qué lo convertía eso? ¿Cómo podía un individuo así siquiera rezar? Lo que realmente intuía era una muestra de la realidad de lo que podía significar el infierno. Lane Dean nunca había creído en el infierno como un lago de fuego o un Dios

amoroso que enviaba a la gente a un lago de fuego –su corazón sabía que no era cierto. En lo que creía era en un Dios vivo, de compasión y amor, y la posibilidad de una relación personal con Jesucristo, a través de quien este amor se promulgaba en un tiempo humano. Pero sentado aquí junto a esta muchacha tan desconocida para él como el espacio exterior, en espera de algo que ella pudiera decirle para descongelarlo, ahora él se sentía capaz de vislumbrar lo que pudiera ser una visión real del infierno. Dos grandes y terribles ejércitos dentro de él mismo, opuestos y encarados unos a otros, en silencio. Habría batalla pero no victoria. O no habría batalla –los ejércitos se quedarían así, inmóviles, escrutándose, y viendo algo tan diferente y ajeno a ellos que no podrían entender, no podrían escuchar los discursos de cada quien ni siquiera como palabras, o leer nada en las expresiones de sus rostros, congelados así, opuestos e incomprensibles, por toda la eternidad. Un cuerpo con dos corazones, un hipócrita consigo mismo en cualquiera de los dos casos.

Cuando movió su cabeza, en una parte del lago a lo lejos el sol destellaba –el agua más cercana no estaba negra ahora, y uno podía ver los bajíos y notar que toda el agua se estaba moviendo muy lentamente, de acá para allá– y de esta misma manera imploró regresar a sí mismo mientras Sheri movía su pierna y comenzaba a girar junto a él.

Podía ver al hombre del traje y el sombrero gris parado e inmóvil, ahora junto al borde del lago, que sostenía algo bajo un brazo y miraba a lo lejos, hacia el otro lado del lago donde una fila de pequeños bultos en sillas de camping se sentaban de una manera que delataba la presencia de anzuelos en busca de robaletas

—cosas que sólo pescaban los negros de la zona este— y la pequeña forma blanca al final de la fila, una cesta de poliestireno. En este instante a punto de materializarse junto al lago, ahora, Lane Dean sintió por primera vez que podía comprender todo esto en un solo bocado: todo se veía iluminado de una manera especial, pues el círculo de la sombra del roble se había alejado, y ahora estaban sentados al sol, con su sombra transformada en una cosa de dos cabezas en la grama delante de ellos. Estaba mirando otra vez al sitio donde las ramas del árbol caído parecían doblarse abruptamente bajo la superficie del agua, cuando de repente tuvo conciencia, a través de todo este silencio congelado y verdaderamente despreciable, de que había rezado, o al menos una parte inaudible de su corazón lo había hecho, pues ahora tenía una respuesta como una especie de visión, lo que después llamaría en su propia mente una visión o *momento de gracia*. Él no era un hipócrita, sencillamente estaba destrozado, fragmentado, como todos los hombres. Tiempo después creería que lo que había pasado era que había tenido un momento donde casi vio lo que Jesús veía en ellos —dos ciegos manoteando a tientas, tratando de complacer a Dios a pesar de sus naturalezas pecaminosas innatas. Porque en ese mismo instante escrutó, como un rayo de luz, en el corazón de Sheri, y pudo anticipar lo que ocurriría aquí mientras ella terminaba de rotar en su dirección y el hombre con el sombrero miraba a los pescadores y el olmo caído derramaba células en el agua. Esta muchacha con los pies en la tierra, que olía bien y quería ser una enfermera, tomaría una de sus manos entre las suyas para descongelarlo y lo obligaría a mirarla, y ella le diría que no podía hacerlo. Que lo

sentía porque no había sabido esto antes, que no era su intención mentir –había estado de acuerdo porque había querido creer que podía cuando no podía. Lo llevaría dentro de ella y lo tendría; tenía que hacerlo. Con la mirada limpia y firme. Que anoche había rezado durante toda la noche y buscado dentro de sí misma y había decidido que esto era lo que el amor le pedía que hiciera. Que Lane debería por favor, por favor, cariño, dejarla terminar. Que escuchara –ésta era su propia decisión y no lo obligaba a él a nada. Que ella sabía que él no la quería, no de esa forma, lo había sabido todo el tiempo, y estaba bien. Que las cosas son como son y todo está bien. Lo cargará, y lo tendrá, y lo amará y no le pedirá a Lane sino una cordial despedida y que respete lo que ella debe hacer. Que ella lo libera de cualquier reclamo, y espera que termine en el colegio universitario de Peoria, que le vaya bien en su vida y tenga toda la felicidad y todas las cosas buenas posibles. Su voz será clara y firme, y ella estará mintiendo, pues a Lane se le ha otorgado el leer su corazón. El ver a través de ella. Uno de los negros del otro lado levanta el brazo quizás para saludar, o para sacudirse una abeja. Hay una podadora cortando grama en algún sitio detrás de ellos. Será una apuesta terrible, una última oportunidad, nacida de la desesperación en el alma de Sheri Fisher, el conocimiento de que ella no puede ni hacer esta cosa hoy ni cargar un hijo sola y avergonzar a su familia. Lane puede ver cómo, con ella sin opciones, con sus valores cerrándole las salidas, esta mentira no es un pecado. Gálatas 4:16, *¿Y ahora me he vuelto su enemigo?* Ella apuesta a que él es bueno. Ahí, en la mesa, ni congelado ni en movimiento, Lane Dean, Jr., ve todo esto y se conmueve, y siente algo más sin

nombre conocido, en la forma de una pregunta que a lo largo de una semana de meditación no se le ocurrió una sola vez: ¿por qué está él tan seguro de que no la ama? ¿Cuál es la diferencia de un tipo de amor a otro? ¿Qué tal si no tiene ni idea de lo que es el amor? ¿Qué hubiera hecho Jesús? Porque precisamente ahora él está sintiendo las dos pequeñas y fuertes manos de ella en las suyas, forzando un cambio. Qué tal si él estaba simplemente asustado, si la verdad no era más ni menos que eso, y si lo que había que pedir en los rezos era no tanto amor sino, sencillamente, coraje para mirarla a los ojos cuando te dice lo que te dice y confiar en tu corazón. .